

La búsqueda del cadáver de Hitler

Antonio Manzanera

La noche del 2 al 3 de mayo de 1945 Berlín se rindió al Ejército Rojo. La captura de la capital del Tercer Reich constituyó uno de los capítulos finales de la guerra y, a la vez, dio comienzo a la mayor caza al hombre de la historia: la del Führer nazi, Adolf Hitler.

Cuando Berlín capituló al alto mando soviético nadie sabía a ciencia cierta dónde se encontraba Hitler, un hombre que antaño gustaba de desfilarse entre sus tropas y pronunciar discursos ante mareas humanas como caudillo y salvador de Alemania. Sus apariciones públicas habían cesado totalmente desde el atentado del 20 de julio de 1944 que casi le cuesta la vida, y en los últimos meses ni siquiera circulaban fotografías suyas. Solo un par de breves alocuciones en radio permitían a los alemanes creer que el Führer seguía con vida. Pero, ¿dónde?

Las últimas noticias sobre el Führer las dio el ministro nazi de propaganda, doctor Joseph Goebbels, quien anunció durante la batalla final de Berlín que Adolf Hitler dirigía personalmente la defensa de la ciudad desde la Cancillería. A partir de entonces, el silencio. Lo siguiente que se supo fue que el Führer había muerto. La noche del 1 de mayo, el Gran Almirante Dönitz, nombrado sucesor de Hitler en su testamento, emitió un comunicado por Radio Hamburgo informando que el dictador nazi había caído heroicamente ese mismo día en Berlín, luchando al frente de las tropas alemanas contra los bolcheviques que rodeaban la ciudad.

Sin embargo las potencias aliadas recibieron con escepticismo la noticia de la muerte de Hitler difundida por Dönitz. Los nazis habían acostumbrado al mundo a convivir con sus mentiras y, de hecho, en toda la historia de la humanidad pocos gobiernos han recurrido a la falsedad con más frecuencia que el nacionalsocialista alemán. Por ello, a menos que se encontrase y exhibiese el cadáver de Hitler, el mundo no terminaría de creer nunca que el Führer había muerto realmente.

Por esta razón los aliados se impusieron la tarea de encontrar a Hitler a toda costa, vivo o muerto. Si era cierto, como parecía, que durante el asedio había permanecido y muerto en Berlín, los rusos no tardarían en encontrarlo. El 3 de mayo toda la ciudad estaba a su disposición, y las fuerzas soviéticas disponían de los medios para emprender la búsqueda de Hitler. Y eso hicieron.

Iosif Stalin, el dictador ruso, dio órdenes a su servicio secreto para registrar Berlín casa a casa y localizar a Hitler, pero no permitió que los angloamericanos participasen en esos trabajos. La capital del Tercer Reich permaneció inaccesible para las potencias occidentales durante seis semanas, hasta que en el mes de julio del 45 Stalin no tuvo más remedio que permitir la entrada de sus aliados en Berlín, cumpliendo así los acuerdos que había firmado con ellos durante la guerra.

De hecho, nada más terminar la Segunda Guerra Mundial ocurrió algo que los mismos nazis habían esperado ansiosamente como último bote de salvación antes de su derrota: la ruptura entre la URSS y los angloamericanos. Fue Goebbels uno de los primeros en hablar del “telón de acero”, y poco después el primer ministro inglés Winston Churchill hizo suya esa expresión para explicar la nueva realidad que vivirían las relaciones internacionales en Europa durante las décadas venideras.

La URSS, bajo el gobierno de Stalin, aprovechó las semanas siguientes al fin de la guerra para extender sus tentáculos hasta donde pudo, con el objetivo de atraer a los países del Este de Europa hacia su esfera de influencia e imponer gobiernos comunistas que asegurasen su fidelidad a Moscú. Los Estados Unidos no daban crédito al descaro con que Stalin volvía a someter a las naciones que tanto costó rescatar del yugo nazi. Pero los norteamericanos, cansados de luchar contra Hitler y temerosos de provocar un nuevo conflicto contra un rival poderoso y bien armado, dejaron hacer a los rusos.

Los británicos, en cambio, fueron más audaces. Ante los incumplimientos soviéticos de sus pactos, respondieron incumpliendo a su vez lo que ellos se habían comprometido a hacer. Así, por ejemplo, no retiraron sus tropas de las regiones alemanas que ellos habían ocupado y correspondían a los soviéticos, y tampoco desmantelaron el ejército alemán que permanecía en su zona, tal y como debían. Stalin se quejó de ello retiradas veces y llegó a declarar que el Reino Unido estaba rearmando a los alemanes para lanzarlos contra la URSS. El dictador soviético desconfiaba de los Estados Unidos, pero odiaba a los ingleses. Y en particular a Churchill, su principal obstáculo por el control de Europa.

Esta lucha de los antiguos aliados anti-nazis acabó librándose también en la investigación sobre el paradero de Hitler. En los días posteriores a la toma de Berlín, los rusos detuvieron a miles de alemanes y trabajaron en la identificación de aquéllos que habían sido colaboradores estrechos del Führer. Encontraron a varios, y todos ellos les contaron la misma historia: Hitler había permanecido hasta el final en el búnker de la Cancillería.

El búnker era un refugio subterráneo de dos plantas, excavado siete metros por debajo de la Cancillería. La planta de arriba daba a la propia Cancillería y estaba dedicada fundamentalmente a tareas de servicio. El piso de abajo era el búnker privado del Führer, donde solo unos pocos tenían el paso libre. Desde ese piso inferior, donde también había una pequeña clínica, se podía salir directamente al exterior a través de una salida de emergencia que daba al jardín, en la parte de atrás. Cuando los soviéticos entraron en el refugio el 2 de mayo lo encontraron medio quemado y cubierto por un palmo de agua. Fuera, en el jardín, los rusos excavaron y desenterraron varios cadáveres.

Mientras tanto el mundo esperaba expectante las noticias de Moscú acerca del paradero de Hitler. Si la alocución por radio de Dönitz del 1 de mayo era cierta, el Ejército Rojo tardaría poco en encontrar el cadáver del Führer entre las ruinas de Berlín. En la prensa occidental circulaban por entonces tres versiones distintas del fin de Hitler. La primera de ellas provenía de los propios alemanes, quienes nunca negaron que Hitler hubiese muerto. Muchos de ellos insistían en que su muerte había sido heroica. El Führer había sido un mártir de la lucha contra el bolchevismo, muriendo al frente de sus tropas en el campo de batalla.

Los americanos rechazaron esa explicación. También para ellos Hitler había muerto, aunque no como un héroe. El mismo día 2 de mayo el general estadounidense Eisenhower citó una reunión secreta entre el jefe de las SS Heinrich Himmler y el conde Bernadotte, responsable de la Cruz Roja sueca, celebrada el 24 de abril de 1945 en la que éste último recibió la noticia de que el Führer había sufrido un derrame cerebral e iba a morir en pocos días. Había así una segunda versión, esta vez americana: Hitler no murió como un soldado, sino de muerte natural.

Pero aún faltaba una tercera versión de la muerte de Hitler. El día 3 de mayo, al día siguiente de la rendición oficial de Berlín, un prisionero alemán capturado por los rusos declaró que Hitler se había suicidado el 30 de abril. El prisionero había permanecido en el búnker durante todo el asedio de la capital del Reich y su versión parecía auténtica. Así pues, la opinión pública disponía de tres posibilidades por las que optar: muerte en el frente, muerte natural y suicidio.

Sin embargo los únicos que podían poner fin a las especulaciones eran los soviéticos. Los aliados occidentales esperaban que pronto encontraran y mostraran el cadáver de Hitler, pero esto no ocurrió nunca. El día 3 de mayo el diario soviético Pravda publicó en primera página, en medio del estupor general, que Hitler no estaba en Berlín. Al día

siguiente, el periódico del Ejército Rojo, el Red Star, lanzó otro aviso: si Hitler había muerto en Berlín su cadáver no estaba en la Cancillería.

Pasaron varios días sin más noticias soviéticas. Hasta el lunes 7 de mayo, cuando el Pravda volvió a retomar la cuestión, anunciando que numerosos cadáveres habían sido recuperados totalmente empapados por la lluvia que había caído sobre la capital de Alemania en la última semana. Pero ninguno de ellos era el de Adolf Hitler. Se habían rastreado, además de la Cancillería, el Reichstag y otros edificios públicos sin ningún resultado.

El día siguiente, 8 de mayo, la agencia de noticias rusa Tass anunció que los soldados del Ejército Rojo habían encontrado en Berlín el cadáver de un hombre muy parecido a Hitler. En un principio se creyó que era el Führer, y los reporteros soviéticos acudieron a fotografiar el cuerpo. Sin embargo, al poco tiempo se descubrió que era uno de los sirvientes de la Cancillería que guardaba cierto parecido físico con el Führer. La confusión pasó, pero la historia del doble de Hitler había llegado para quedarse. Pronto, una de las explicaciones preferidas por los defensores de la tesis de la huída de Hitler de Berlín consistió en la suplantación de éste por un doble que ocupó su lugar en el búnker durante los últimos días de abril de 1945. El Führer habría así conseguido burlar al mundo entero, escapando de Berlín y haciendo creer a todos que había muerto en la Cancillería.

Dos días después, el jueves 10 de mayo, el Kremlin habló por primera vez sin emplear a la prensa oficial, aunque el contenido de su declaración resultó de lo más ambiguo. Empezaba diciendo que los agentes soviéticos habían encontrado cuatro cadáveres quemados y en muy mal estado. Uno de ellos podría ser el de Hitler. Los forenses rusos estaban trabajando en su identificación. Sin embargo, seguía el comunicado oficial, se empezaba a dudar de que el cuerpo de Hitler fuese encontrado nunca. El final del documento era aún más extraño: lo más probable, decía, es que Hitler hubiese sido víctima de sus propios hombres durante el sitio de Berlín y que las llamas hubiesen destruido sus restos.

Estas noticias añadieron más confusión a la muerte de Hitler. Los americanos y los ingleses preguntaban con cierta indignación a Moscú cómo era posible no tener aún confirmación oficial del fallecimiento del líder nazi. Los soviéticos replicaban que las investigaciones eran muy complejas y describieron a sus aliados el búnker. En la parte más superficial de éste habían encontrado e identificado los cadáveres de varios colaboradores de Hitler que se habían suicidado en el último momento. Sin embargo, la

parte más profunda del refugio estaba repleta de humo y resultaba difícil trabajar en tales dependencias. Los rusos admitieron que se pudo recuperar una maleta de Goebbels llena de documentos, uno de los cuales esbozaba un plan para evacuar a Hitler y su entorno de Berlín una vez sitiado. Sin embargo, allí abajo no había ningún cadáver y, según los rusos, los prisioneros capturados no eran fiables. Sus historias se contradecían. La mayoría de los presos, atemorizados, declaraban aquello que pensaban que querían escuchar sus captores, y en tales circunstancias era imposible distinguir en sus testimonios la verdad de la falsedad.

Churchill fue preguntado entonces en la Cámara de los Comunes acerca del final de Hitler. Solo pudo responder que él mismo compartía la opinión general de que Hitler había muerto, pero que se debía confiar en la buena voluntad de los rusos para conocer la verdad. Hasta la fecha, los prisioneros alemanes capturados por los británicos y los americanos no habían resultado de mucha ayuda.

Estas dudas occidentales acerca de la predisposición rusa para aclarar el misterio disgustaron a Moscú. Stalin ordenó entonces a los comandantes del Ejército Rojo en Berlín que no volviesen a hablar acerca de Hitler. Se abrió entonces un periodo de varios días de silencio que volvió a disparar las especulaciones.

Entre tanto, la silenciosa pugna entre los angloamericanos y los soviéticos por el control de Europa seguía librándose. Los Occidentales no entendían la sofocante presencia soviética en los países liberados por el Ejército Rojo y expresaban su malestar a través de la prensa. Los medios de comunicación comunistas respondieron que la amenaza de un resurgimiento nazi no había desaparecido, y la presencia de sus tropas en tales países era más necesaria que nunca. Además, sostenía la URSS, la ausencia del cadáver de Hitler y su posible huida contribuían a temer una posible erupción pro-nazi en esas naciones. Los angloamericanos descubrieron entonces el juego ruso. Finalmente, las cartas estaban boca arriba: un Hitler vivo servía mejor los intereses soviéticos que un Hitler muerto.

Efectivamente. A finales de mayo Moscú rompió su silencio sobre el final de Hitler para decir que ni el cadáver había sido encontrado, ni ningún prisionero alemán había sido capaz de proporcionar la más mínima prueba de que el Führer hubiese muerto. Aquella declaración preparaba lo que vendría después. El día 26 Harry Hopkins, miembro del equipo asesor del presidente americano Harry Truman, se encontraba en Moscú para conferenciar con Stalin y preparar una reunión de los líderes militares aliados en Berlín. Durante una de esas charlas entre los dos hombres surgió la cuestión del cadáver de

Hitler. Stalin sorprendió a Hopkins, cuando le dijo: “en mi opinión, Hitler no está muerto sino oculto en algún lado”. El asesor de Truman se quedó de piedra, pero no se atrevió a llevarle la contraria. Poca gente le contradecía en la URSS a Stalin, y los que lo habían hecho no gozaban de buena salud. Hopkins, inteligentemente, en lugar de mostrar su incredulidad ante esta teoría le pidió al líder soviético más datos. Stalin dijo entonces que se había encontrado el cuerpo de Goebbels, pero de Hitler, de su secretario Martin Bormann y del general Krebs no se tenía ninguna noticia. Los tres habían escapado. Hopkins replicó a Stalin que para ello los nazis tendrían que haber usado algún medio de huida y, sobre todo, dinero. Para el dictador soviético aquello no representaba ninguna dificultad, pues los aliados sabían desde hacía tiempo que los alemanes disponían de abundantes reservas de divisas que aún no se habían encontrado. Posiblemente las hubiesen puesto a salvo en algún lugar seguro. Respecto al medio de huida, Stalin sugirió los submarinos.

El 5 de junio se celebró la reunión de los altos mandos aliados en Berlín que Hopkins había ido a preparar a Moscú. Los representantes designados fueron: el mariscal Zhukov, de la URSS, el mariscal Montgomery, del Reino Unido, el general Eisenhower, de los Estados Unidos y el general Lattre de Tassigny, de Francia. Los soviéticos habían enviado además a un funcionario del ministerio de asuntos exteriores, Andrei Vishinsky, que parecía apuntar en el oído de Zhukov la respuesta correcta a las cuestiones más difíciles. Los cuatro militares informaron al mundo de que sus naciones ejercerían el poder supremo sobre Alemania por un tiempo indefinido.

El día siguiente, miércoles 6 de junio, los representantes soviéticos hablaron de manera informal a los periodistas occidentales en el cuartel general de la URSS. Sin la presencia de Vishinsky, uno de los colaboradores de Zhukov anunció, entre la sorpresa general, que el cuerpo de Hitler había sido localizado e identificado. Los periodistas no daban crédito. Preguntado sobre los detalles, el informante declaró que el cadáver había sido encontrado entre el día 3 y el 4 de mayo, calcinado probablemente por los lanzallamas que los soviéticos habían empleado en la lucha. La identificación la habían realizado basándose en los dientes y otras evidencias, y la autopsia había determinado que Hitler murió por la acción de un veneno. Por último, el oficial ruso mencionó un telegrama enviado a Dönitz por Goebbels en el que éste le informaba de la muerte de Hitler y su nombramiento como nuevo Führer. Un reportero preguntó por qué la URSS no había emitido antes una declaración oficial con estas noticias, a lo que el oficial respondió que no se querían hacer públicas mientras existiese el menor atisbo de duda. Los periodistas

corrieron hacia los teléfonos. El misterio sobre la muerte de Hitler había sido, por fin, resuelto por los soviéticos.

Mientras estos hechos tenían lugar en Berlín, el delegado estadounidense Harry Hopkins seguía en Moscú con Stalin. Ese mismo día, el 6 de junio, Hopkins pidió permiso al dictador soviético para volar a Berlín y de allí a Frankfurt. “Quizá pueda encontrar yo mismo a Hitler en Berlín”, bromeó el americano. “Le repito”, contestó Stalin, “que Hitler sigue vivo. Estoy seguro de ello”.

Hopkins voló a la antigua capital del Reich. Allí, el mariscal Zhukov era severamente reprendido por su imprudencia ante los medios de comunicación. El día 9 compareció él mismo junto con Vishinsky y el comandante ruso de Berlín, Nikolai Bazarin, en una rueda de prensa. En ella se proporcionó la postura oficial del gobierno de la URSS acerca del final de Adolf Hitler. Zhukov anunció que gracias a los diarios de los ayudantes de Hitler se pudo averiguar que el Führer había contraído matrimonio en el propio búnker con “una actriz de cine llamada Eva Braun”. Lo que ocurrió después no se sabía. No se había podido encontrar su cuerpo y, por lo tanto, Hitler bien pudo haber escapado de Berlín. Bazarin apoyó las tesis de Zhukov. En su opinión, Hitler estaba oculto en algún lugar de Europa, posiblemente en España con el general Francisco Franco.

Después de Churchill, el peor enemigo de la URSS era el general Franco. El dictador soviético repitió constantemente a los emisarios estadounidenses que la derrota de los fascismos no sería completa mientras Franco estuviese al frente de España. Dado que los angloamericanos no mostraban el más mínimo interés por derrocar al dictador español, a la URSS le pareció un buen argumento para ganarse a la opinión pública internacional que España hubiese dado asilo a Hitler. Así, la tesis rusa sobre la presencia de Hitler en España con Franco fue repetida días después en numerosas ocasiones por dirigentes soviéticos, incluyendo al propio Stalin. Radio Moscú exhortaba a los angloamericanos a que buscasen a Hitler en España, aunque ello conllevara su invasión militar y la caída del general Franco. Fue inútil. Para los angloamericanos, la España de Franco no era una amenaza, sino antes al contrario, una garantía de que la tenaza comunista no se cerraría por el Oeste en torno a Europa.

Pero el juego ruso era difícil de comprender. El mismo día que Bazarin sostenía que Hitler había huido a España, el Red Star publicaba justo lo contrario. En su artículo, el periódico del Ejército Rojo describía la reunión que mantuvo el general alemán Hans Krebs con el alto mando soviético en la noche del 30 de abril de 1945. En mitad de la

batalla de Berlín, Krebs había sido enviado por Goebbels con una bandera blanca para negociar con los rusos un armisticio. Cuando llegó, Krebs informó a los rusos de que había sido enviado por Goebbels, ya que Adolf Hitler se había quitado la vida horas antes. Los alemanes solicitaron un día de alto el fuego para preparar la capitulación, pero los rusos se negaron. Krebs volvió al búnker y horas después regresó con otra propuesta: la URSS debía reconocer el nuevo gobierno nazi y dejar los pocos kilómetros cuadrados de Berlín que aún ocupaban las tropas nazis bajo control alemán. Los rusos volvieron a negarse: solo aceptaban la rendición incondicional. Krebs se marchó y las hostilidades se retomaron. Horas después Berlín capituló incondicionalmente. En definitiva, el Red Star confirmaba que horas después de la muerte de Hitler los rusos ya habían tenido noticia de ésta.

Las declaraciones contradictorias de los soviéticos consiguieron su propósito de generar la confusión en las potencias occidentales. Los periódicos británicos, americanos y franceses se hacían así eco de las historias más disparatadas acerca del destino final de Hitler. Por aquellos días hubo avistamientos del Führer hasta en el Polo Sur.

Entre tanto, las autoridades angloamericanas poco podían aportar. El 20 de junio los Estados Unidos pusieron a disposición de la prensa el testimonio de un prisionero alemán que habían capturado. Se trataba del centinela que hacía guardia en la torre de vigilancia del jardín de la Cancillería y que dijo haber visto los cadáveres de Hitler y Eva Braun consumirse por el fuego en el jardín a pocos metros de distancia de su posición. Poco después otro prisionero, Erich Kempka, el chófer de Hitler también detenido por los Estados Unidos, añadió más detalles a esta historia afirmando que el Führer y su mujer se habían suicidado disparándose en la cabeza. Posteriormente sus cuerpos habían sido incinerados en el jardín.

A pesar de que los testigos no eran totalmente fiables (ya que, por ejemplo, Kempka fue adornando paulatinamente su versión, haciéndola más novelesca y asignándose a sí mismo un protagonismo cada vez mayor), esos testimonios junto con telegrama de Goebbels a Dönitz donde le anunciaba la muerte del Führer se tomaron por los gobiernos occidentales como las pruebas de que Hitler verdaderamente había muerto en Berlín.

El siguiente capítulo de la historia tuvo lugar un mes después, en la Conferencia de Potsdam. Unos días antes de celebrarse ésta, el 17 de julio, el Secretario de Estado estadounidense preguntó a Stalin durante un almuerzo con el presidente Truman cómo pensaba que había muerto Hitler. El dictador ruso respondió que de ninguna manera,

porque Hitler estaba vivo. Dos semanas más tarde, durante la Conferencia propiamente dicha, surgió la cuestión de qué nazis incluir en la lista de criminales de guerra que debían ser detenidos y juzgados. Clement Attlee, el nuevo primer ministro inglés después de la derrota de Churchill en las urnas, se preguntó si Hitler debía ser añadido a la lista, habida cuenta de las dudas sobre su muerte. Stalin replicó que Hitler no estaba en poder de la URSS y que por lo tanto debía ser incluido. El Reino Unido no puso objeciones y el Führer ocupó el primer lugar de la nómina.

Poco después empezaron los preparativos para la celebración de los juicios de Núremberg, donde se iba a procesar a los principales líderes nazis que habían sido atrapados por los aliados y a otros *in absentia* que permanecían desaparecidos, como el secretario Martin Bormann. El presidente Truman tenía un gran interés en el éxito de este juicio, y tomó todas las medidas necesarias para garantizar que se desarrollase de la manera más eficiente posible. Así, los delegados de los Estados Unidos solicitaron al Kremlin que reconsiderase su postura de incluir a Hitler en la relación de procesados, dado que la imagen ejemplarizante del juicio podía deteriorarse si la noticia de la muerte real de Hitler hacía ver al mundo que Núremberg había sido una farsa. La URSS accedió, y Adolf Hitler fue eliminado de la lista de criminales de guerra.

Sin embargo, el periódico ruso Pravda se mostró crítico con esta decisión. Aseguraba que Hitler, al igual que Goebbels, había conseguido huir y se encontraba a salvo en algún escondite. El diario soviético facilitaba además entrevistas de oficiales rusos destinados en Berlín que declaraban convencidos que el Führer seguía vivo.

Ahora bien, durante aquellos días de principios de septiembre la suerte de Hitler había pasado a un segundo plano. Las tensiones entre la Unión Soviética y los angloamericanos habían alcanzado un nuevo máximo. Por entonces los británicos seguían ocupando zonas de Alemania que correspondían a la URSS, y el periódico soviético Izvestia publicó un artículo que desató las iras del Reino Unido. Según el diario, los ingleses estaban protegiendo a Hitler y Eva Braun en Westphalia (Alemania) dentro de la zona británica de ocupación con el objeto de emplearlos más adelante contra sus aliados rusos.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. El primer ministro inglés Attlee ordenó inmediatamente a su servicio secreto, el MI5, que investigase a fondo la muerte de Hitler y expusiese al mundo entero claramente y de una vez por todas cómo y cuándo ésta se había producido. Los responsables de las pesquisas tendrían todo el apoyo y la colaboración que necesitasen para llevar a cabo la misión.

Ésa fue la razón que llevó a Hugh Trevor-Roper al despacho de Dick White una mañana de principios de septiembre de 1945: el MI5 encomendaba al joven oficial de 31 años la tarea de investigar y esclarecer la muerte de Adolf Hitler. Las averiguaciones de Trevor-Roper le llevaron a localizar e interrogar a los supervivientes del búnker que se encontraban en zona británica y estadounidense. Los rusos se negaron a colaborar en todo momento en la investigación del MI5 y no facilitaron al oficial inglés acceso a sus prisioneros. La investigación se dio por terminada el 1 de noviembre de 1945, cuando el informe de Trevor-Roper fue presentado al comité de inteligencia cuatripartito en Berlín. La conclusión de dicho informe fue que Hitler se suicidó de un disparo en la boca a las 15.30 horas del 30 de abril en el búnker de la Cancillería. Aquel informe constituyó la base de su célebre libro, “Los últimos días de Hitler”, aparecido en 1947.